

## UN BENEFICIO

---

—Y tuvo algún fin benéfico  
la función?

—¿Ahora te enteras?

—¡No sé lo que tié de estraño!

—Pues poco que habló la prensa

del pograma el día de antes,  
y flojo cartel con grecas  
azules y con la mar  
de carázteres de letras,  
hecho á pluma por Menéndez,  
coloquemos en la puerta  
del *Salón Zorrilla!*

—Bueno,  
pero ¿cuála fué la idea  
del espectáculo?

—Mira,  
pa ti no tengo reservas,  
Antolín, porque entre amigos  
no debe haber cosas de esas,  
y tú eres amigo de uno  
y además persona seria,  
si se quiere.

—¿Si se quiere?  
¡Lo soy aunque no se quiera!

—Muy conformes.

—¡Por si acaso!  
—Sentiré que te resientan  
mis indicaciones.

—Déjate  
de músicas y concreta.  
—Corriente. Pues los pogramas  
y el anuncio de la prensa  
decían que el ozjetivo

de aquel espetáculo era  
socorrer á la señora  
de un deportao muerto en Ceuta  
del tifus, y se añidía  
debajo, que la interfeta  
(una andaluza más guapa  
que las rosas, que maneja  
la guitarra propiamente  
como *Paco el de Lucena*)  
se tocaría *el Zorongo*,  
*el Ole*, *las Carceleras*  
y *el Vito*, pa que tuviese  
más atraztivos la fiesta.  
—¿Y dió resultao?

—¡Pues hombre,  
lástima que no lo diera  
tomando parte una viuda  
que se trae cosas tan buenas!  
—Te lo digo porque al público  
de hoy en día le mosquean  
los beneficios, por causa  
del abuso.

—Siempre quedan  
panolis que se conmueven  
con las desgracias ajenas  
y si les das un pograma  
sensible van de cabeza.

—Quiere decir que la viuda sacó raja de la fiesta.

—¿Cuál viuda?

—La que dices.

—¡Qué viuda ni qué...

—Dispensa.

—¡Paece mentira que á un hombre de tu edaz y tu esperencia ñaiga que darle las cosas como á los niños de teta las papas, ¡mascás!

—Ya creo que voy cayendo en la cuenta.

—Mira: yo necesitaba comprar una bicicleta, no tan sólo porque hoy día paece feo no tenerla cuando la gasta too el mundo, si escetúas á la iglesia y al generalato y á otras estituciones como esas, sino porque desde lo último de la Ronda de Valencia, donde tiés tu domicilio...

—Gracias.

—Hasta la glorieta de Quevedo, diez y doce,

donde le tié mi maestra,  
hay un porción de kilómetros  
y Dios padre se revienta,  
y además sales de casa  
con las alpargatas nuevas  
y al llegar vas con los dedos  
autonomistas. Por estas  
circunstancias, la otra tarde  
me encaré con la Grabiela  
junto á Colón y la dije:

—*¿Tú quieres, por lo que sea,  
hacer el lunes de viuda  
en una función benéfica?*

Y me contestó:—*Ya sabes  
que yo hago lo que tú quieras.*

—*Otra cosa: tú que tiés  
esa sangre tan flamenca  
y que haces, como quien dice,  
primores con la vigüela,  
¿quedrias tocarle el lunes  
cualquier cosa en escena  
pa el auditorio?—Según  
y conforme lo que sea,  
Nicolás, porque si al público  
le da por las desigencias  
y me pide cosas finas...  
já morir!—Es gente buena.*

¿Tú conoces el Zorongo?

—Tan bien como la primera.

—¿Y el Fandango?—¡Me parece!

—¿Y el Vito?—Y las Malagueñas,  
el Ole, las Seguidillas,  
el Zurito, las Jaberas  
y too lo tocable, menos  
los asuntos de etiqueta.

—¡Pues te acoto!—Pero dime;

¿yo qué voy ganando en esa  
combinación?—Too depende  
del resultao que se oztenga.

Por lo cual, así que acabe  
la función se ve lo que entra,  
deduzco los gastos que haiga,  
saco el líquido que queda,  
y del líquido que quede  
yo me guardo tres terceras  
partes, percibes tú luego  
lo demás... y satisfecha.

Pa no cansar; que quedemos  
acordes á las primeras,  
que yo me fuí tan alegre  
como un par de castañuelas  
por haber topao tan pronto  
con una viuda como ella...

—Y disteis el espetáculo.

—Que á poco acaba en trigeria,  
porque si no es por los guardias  
yo entiendo cómo me dejan  
los tendones. En fin, chico,  
si llegas á dir te afeas  
de risa con los dizterios  
que hubo entre la concurrencia.

—¡La dariais mal pograma!

—¿Mal pograma? ¡De primera!

Y si no escúchalo y dime  
si hay quien dé más en la tierra.

«Primero. Porpurri de aires  
nacionales por la orquesta  
del *Menstis*, que se compone  
de él y Paco Melendreras.

Segundo. *La vida es sueño*,  
con varios cuplés acerca  
de cómo emite las erres  
el señor conde de Peña  
Ramiro.»

—¡Me gusta el número!

—¡Y tié novedaz la idea!

—Y además eso hace gracia,  
por más de que no la tenga.

—«Tercero. Estreno del diálogo  
popular *¡Pa mí que nieva!*,  
escrito *azoc* por el joven



arbañil Román C. «S.»

—¿Pero Román hace diálogos?

—¡Ahora los hace cualquiera!

«Cuarto. Trozos andaluces  
ejecutaos por Grabiela  
Píriz, la beneficiada,  
en un lauz Edad Media  
hecho en el penal de Burgos  
por un ispetor de Hacienda.»

—¡Mentira!

—¡Ya se comprende!

«Quinto y último. *La vértiga*  
del señor de Núñez de Arce,  
por Nicolás Alcobendas.»

—¡Tú!

—Yo. ¡Como que no había  
quien supiese hablar siquiera  
entre toos!

—No es mal pograma.

—Bueno, pues pa que tú veas:  
después de *La vida es sueño*  
nos pidieron que saliera  
Calderón, y como el hombre  
tuvo la mala ocurrencia  
de no asomar por *Zorrilla*,  
se armó la gran trapatiesta.  
Luego estrenemos el diálogo,

y el público, que es un bestia,  
llamó á Román, con ojezto  
de cortarle la cabeza.

—¡No sé pa qué la quería!

—Pa lo que él: ¡pa ná!

—¡Rarezas!

—Y ya, claro, como estaba  
de bulla la concurrencia  
no respetaron los sesos,  
y al asomar la Grabiela  
se la cargaron, por causa  
de que dió la concidencia  
de que uno la conocía  
con entimidaz y al verla  
descubrió que no era viuda,  
ni casada, ni soltera.  
Conque, es natural, la chica,  
por más que no tié vergüenza  
de los públicos, efezto  
de su muchísima esperencia,  
se abroncó. Lo cual que entonces  
yo, pa calmar la tormenta,  
me aparecí por el foro,  
prencipié á soltar *La vértiga*  
de dicho Núñez, y aquello  
les pareció cosa buena  
porque á las ocho ú diez línias

se oyeron voces como éstas:  
*¡Bravo! ¡Mucho! ¡Só bonito!*  
*¡Sangrecita! ¡No hagas fuerzas*  
*que vas á pasarte! ¡Vivan*  
*las condiciones escénicas!...*  
Yo estaba, carcula, ¡hueco  
de placer! cuando un boceras  
gritó de pronto: — *¡Tú, niño,*  
*veste á recitar podemos*  
*á la cuadra!* Yo repuse:  
*¡Y usted se va á hacer protestas*  
*al arroyo!* Prencipieron  
á llamarme cosas feas;  
yo, cegao, no sé qué siznos  
indiqué; la concurrencia  
se resintió, suponiendo  
que lo hice con mala idea...  
y si no asoman dos números  
de seguridaz, *¡requiescat!*  
— *¡Gachó,* pues no pasarías  
mal miedo!

— *¡De clase de extra!*  
*¡Pero á ver si hay quien me quite*  
*las ciento doce pesetas,*  
*líquidas, que me produjo*  
*la función!*

— *Ahora escarmienta,*

Nicolás, que á la segunda puedes dar en las Salesas.

—¡Quién! Ya estoy organizando la gran *kremés*, con idea de socorrer á seis huérfanos de Filipinas...

—¡Dios quiera!...

—Vamos, tu cállate y déjame que siga con mi sistema, porque yo sé que no pasa la mar el que no se arriesga.

---



## IMPRESIONES DE VIAJE

---

—¿Cuándo has venido?

—Antiyer.

—¿De ande?

—De San Sebastián.

—¿Cuánto has estao?

—Quince días.

—¿Te has divertido?

—¡La mar!

—¿Te habrás bañado?

—Por supuesto.

—¿Con algas?

—¡Es natural!

—¡Miá que habrás visto ca formal...

—¡Carcula!

—¡Maldita síá!

¡Qué suerte tiés!

—No me quejo.

—¡Pues te podías quejar,  
encima de haber gozao  
más que un menistrol!

—Quizás.

Pero eso no es suerte.

—¡Gracias!

—Eso es saberse gastar  
veinticinco pesos.

—¿Cuántos?

¡Y también cuarenta!

—¡Quiá!

Los que, como yo, no llevan  
las cornias esmerilás  
y chanan, por consiguiente,  
y han tenido sociedad,  
disfrutan con tres ochavos  
lo que otros con un platal.  
Yo con veinticinco duros,  
peseta menos ú más,  
voy y vengo, vivo quince  
días en el *boulevard*,  
ú en un hotel de la Concha  
cerca del palacio rial,  
y entro en el Casino y juego...  
—Y pierdes.

—¡Claro, no van  
á divertirte y á darte

cinco duros además  
de rositas! Pero, en cambio,  
tengo el gusto de alternar  
con jueces, con generales,  
con *banqueros* y con cá  
marquesa y con cá *cocotre*  
que Dios tiritá.

—No habrás  
hecho el viaje con tan poco  
dinero en el *lispin car*.

—¿Quién, yo? ¡Pues no hubiera sido  
menuda barbaridaz!

--¿Por qué?

—Pues porque en el *lispin*  
te gastas un dineral  
y te llevan en seguida  
y apenas disfrutas na  
del paisaje, tan y mientras  
que diendo en tren especial  
de esos botijos, ú como  
los quieras clasificar,  
te cuesta muchísimo menos  
y tardas muchísimo más,  
y oservas el panorama  
con toda comodidaz,  
y llegas á una estación  
y te bajas á cargar

comestibles y haces todo  
lo que tengas voluntaz,  
porque sabes que no pueden  
meterte prisa en jamás,  
como en Miranda; en Miranda  
nos bajemos yo y Damián  
con la Inés...

—¿Qué Inés?

—*La Zurca,*

que nos fué recomendá  
por su marido al salir  
juntos pa San Sebastián.

—¿Iba sola?

—¡Me parece!

—¡Gachó contigo!...

—¡Velay!

Pues, como digo, en Miranda  
la Inés se empeño en tomar  
un refrigerio, porque iba  
desfallecida, lo cual  
que pedimos en la fonda  
tres chuletas rebozás,  
salchichón, una tortilla  
de patatas (pa halagar  
á la Inés), una botella  
de á litro de mostagán  
y dos ceneques; nos fuimos

con el convoy á un maizal  
y nos lo echemos al buche  
sin inquietuz y sin na.

Conque después nos jugamos  
el consumo yo y Damián  
á la brisca, nos mamenos  
una siesta regular  
luego después á la sombra,  
y en cuanto hizo la señal  
el pito, pues nos montemos  
y andando.

—Comodidaz  
tié mucha.

—¡Qué iban á hacer  
eso los del *lispín car*  
en ningún punto del tránsito  
con lo atropellaos que van!

—¡Suponte!

—¡Como no hicieran  
cabezas de pavo rial!

—¿Y tú que opinas?

—¿Quién yo?

¿De qué?

—De San Sebastián.

—¡Que aquello es el *non pus!*

—¡Leñe!

—Prencipiando por el mar...

—¿Que será grande?

—Lo menos

ciento treinta veces más  
que el Niágara de la cuesta  
de San Vicente.

—¡Julián,

que tiés madre!

—¡No te rías,

que eso se pué preguntar!

—Tendrá ballenas...

—Ballenas

yo no sé si las tendrá,  
pero pulpos los he visto  
varias veces.

—¿De verdaz?

¡Pues cualisquiera se baña!

—Cualisquiera; tú si vas.

Allí da gusto el bañarse.

No te vayas á pensar

que es como aquí en *los Jerónimos*

ú en *los Cipreses*.

—¿No?

—¡Ca!

Hay menos hipocresía  
y más confraternidaz,  
y se bañan los dos sesos  
juntos y no pasa na,

porque gastas una broma  
con cualesquiera, y lo más  
que te dice es que te estés  
quieto.

—Pero llevarán  
algo pa taparse.

—¡Claro  
que lo tienen que llevar!  
¡No, que iban á dir lo mismo  
que la mujer del Adán!  
¡Qué cosas preguntas, hombre!  
¡Cuidao que eres animal!

—De toos modos, más que aquí  
cuasi siempre se verá.

—¡Pa chasco! Pasa lo mismo  
que en la calle; tú te estás  
en Madriz dos ú tres meses,  
ú cuatro, sin trompezar  
con una que se levante  
la falda ni ún dedo más  
de lo marcao, aunque caiga  
el diluvio universal,  
y allí, con el tiempo seco,  
te se suelen remangar  
hasta semejante sitio.

—¡Qué envidia!

—¡No, pero na!

Pasaos los primeros días  
te llegas á acostumbrar  
y las ves como si vieras  
á un sacerdote.

—¿Y qué tal  
se pasa la vida?

—¿Cuála?

¿La vida?

—Sí.

—¡Ni el Cazar  
de Rusia con toos sus miles  
de duros la pasa igual!  
—¡Qué ponderativo que eres!  
—Claro, como tú no estás  
acostumbrao á salir  
del Arroyo Abroñigal,  
ni á comer más que inundicias,  
y esas por casualidaz,  
ni has visto más menumentos  
notables que la central  
de Correos, te figuras  
que uno miente.

—¡No, Julián!

—¡Hombre, sí!

—¡Por estas cruces!

—Pues te voy á detallar  
la vida que se hace allí,

---

pero antes ten la bondad  
de colocarte las chanclas  
ú sírvete de sacar  
un poco de espliego.

—¡Chico,

dispensa la libertaz!

¡Pensé que no se notaba!

—Pues sí se nota.

—Ya están.

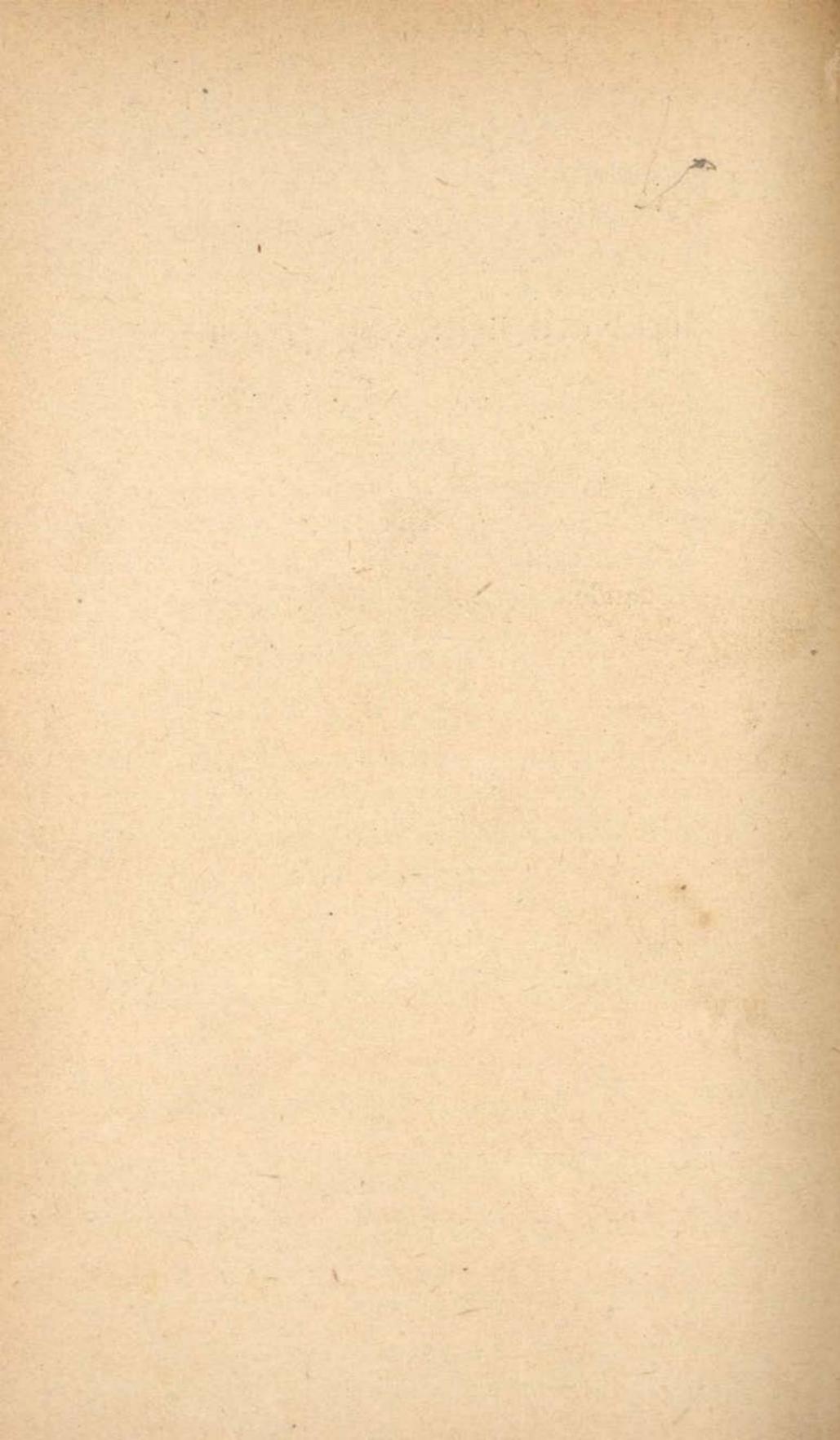
—Entonces, arrima y oye.

—Cuando quieras.

—Pues verás.

(*Sigue.*)

---



# IMPRESIONES DE VIAJE

---

(CONCLUSIÓN)

—Espérate que me suene.

—¡Pero oye!... ¿qué novedad es ésa?

—¿Cuál?

—El pañuelo.

—¿Ahora lo ves? ¡Pues no estás poco atrasado de noticias, y hace mes y medio ya que lo estoy usando!

—¡Chico, tú no eres el de antes!

—Hay que seguir con la corriente de la moda.

—¡Camarál...

¡Si hoy día resucitara

tu padre, por un casual,  
y de buenas á primeras  
viese lo cursi que estás,  
no iban á ser coscorriones  
los que te ibas á encontrar!

—¡Tú qué sabes!

—¡Pues es claro!

¡Miá que moquero!... ¡Julián!  
¡Luego dicen que no quedan  
hombres! ¡Cómo han de quedar  
si paeís del bello seso  
cuasi toos!

—Oye, si vas  
á colarme too el pograma  
dilo con formalidaz  
y otro día seguiremos  
con lo de San Sebastián.

—¡Pero, hombre, no te arrebatas!  
¡Es que te quiero, y me da  
vergüenza de verte!

—Gracias

por la buena voluntaz  
y voy á seguir contándote,  
si no lo tomas á mal,  
mi escursión.

—Prosigue.

—Bueno.

Supongo que tú sabrás  
la historia de *Jauja*.

—Claro.

Figúrate quién habrá  
que no la sepa si ha sido,  
como yo, menor de edad  
anteriormente.

—Pues eso  
viene á ser San Sebastián.

—¡Atiza!

—¡Cómo que atiza!

Oye y te convencerás:  
Por las mañanas madrugas  
ó no, porque libertad  
como aquélla no la tienes  
en ningún lao, si no vas  
al extranjero; te aseas,  
si acostumbras, porque no hay  
obligación. Allí en eso  
cá uno hace su voluntad.

—¡Superior!

—¡No te entusiasmes  
entoavía, que eso no es na!  
Tomas luego el desayuno,  
que por regla general  
suele consistir en cuatro  
sardinas recién pescás

y unos buchitos de sidra  
y un buen cuscurro de pan...

—¡Al pelol!

—Después te largas  
hacia la *Concha*, te das  
un paseo ú dos ú tres,  
si es que tiés nesecidaz,  
á fin de que las sardinas  
te se queden bien sentás  
en el órgano; después  
te metes con diznidaz  
en el agua (porque sabes  
que hay duquesas que te están  
oservando con antiojos  
de esos que aumentan la mar  
los ojeztos), y en el agua  
te humedeces el costal  
y te recreas la vista,  
y hasta puedes jugar, jugar,  
ú con las olas que vienen  
ú con las hembras que van.

—¡Ole!

—Sales, te sacudes,  
te vistes, echas á andar  
pa el hotel ande te hospedes,  
comes mejor que un bajá  
tus alubias y unas cuantas

sardinas recién pescás  
(másime el postre y ecétera),  
sacas un pito de á rial,  
ú bien lo pides, te embriaguas  
con su aroma y á roncar  
un rato, si algún repórtero  
no te se cuela ande estás  
con la mira de enterarse  
de tu modo de pensar,  
referente, supongamos,  
al hecho del general  
H ó B, ó á cualquier otro  
poblema de aztualidaz.  
Pero —¿qué le importa á nadie  
mi opinión?

—Como importar,  
próximamente lo mismo  
que al hijo de mi mamá  
la venida del *Woodford*  
y las turbias del Canal;  
pero, claro, como ocurre  
que aquello es puerto de mar,  
hasta los congrios explican  
su aztituz.

—Es natural.

—Bueno, pues te echas un rato  
con el fin de reposar

las alubias y tener  
la cabeza despejá;  
te pones tus alpargatas  
y tu boina pa alternar  
con la grandeza, porque es  
el traje de sociedad...

—¡El que uso yo por las noches  
cuando voy á camelar  
al fielato las vejigas  
del alcól!

—*¡Equilicuá!*

¡Pues ahí tiés la democracia!

—Y está muy bien.

—¡No ha de estar!

—Continuda.

—De seguida

que te has compuesto, te vas  
y oyes la murga de gratis  
junto al Casino, lo cual  
que no te choque de ver  
entre la gente, cargás  
de perifollos, algunas  
que toda su vida van  
pisando por esas calles  
con el contrafuerte. Das  
una vuelta por la *Concha*,  
llegas hasta *Miramar*,

luego desandas lo andao,  
después vuelves hacia allá,  
y así sucesivamente  
hasta la hora de cenar.

—¡Cuántas distracciones, chico!

—¡Y too sin costarte un rial!

—¡Así cualquiera se aburre!

—¡No pué ser, porque además  
con las pulgas te distraes  
un porción!

—Sigue, Julián.

—Corriente, pues como llevas  
abierto de par en par  
el apetito, por causa  
de lo que has andao, te vas  
camino del *restaurant*  
(vulgariamente posá),  
cenas ocho, diez ú doce  
sardinas recién pescás  
de barba de mico, tomas  
el pendingue y á gozar  
á la *Zurriola*, que es ande  
suele dir lo prencipal  
de lo *chique* y de la *crème*...  
—¿De lo cuáló?

—Pa abreviar,  
que allí no ves más que nata

por cualquier sitio que vas.  
 ¿Que aquello no te resulta  
 por mor de la escuridaz  
 ú del olor á marisco  
 que te sube dende el mar?  
 Pues por una porquería  
 te metes en el local  
 del Casino, ves mujeres  
 capaces de sublevar  
 á una garrafa, te rozas  
 con la flor y ves jugar  
 á muchas personas serias  
 que luego á cá paso están  
 en Madriz echando pestes  
 contra la inmoralidaz.  
 —¡Qué gacholis!

—¡Cucalandras  
 que, si á mano viene, van  
 y te levantan un muerto  
 sin que lo llegue á oservar  
 el *gurrupiese* más vivo  
 de Uropa!

—¡Pero no irán  
 ciertos personajes!

—¿Cómo? . .  
 ¡Pué que hasta príncipes! Hay  
 un surdelegao de Hacienda

que mientras tanto que está  
jugándose las pestañas  
al monte ú al *bacarraz*,  
manda á sus hijas abajo  
pa ver si pueden sacar  
del tren ú de las pelotas  
ú de los caballos, más  
que haciendo *crochete*.

— ¡Chico,

pues eso es de criticar!

— Pero ¿te entretiene?

— Claro.

— ¿Entonces á ti qué? ¡Na!

— Bien, y después del Casino

¿qué es lo que se hace?

— Pues vas

á tu casa, te desnudas,  
te quedas al natural,  
te quitas las pulgas luego  
con una rede que habrás  
comprao antes, porque á pulso  
no tiés tiempo material,  
y así que estés en el catre  
te presinas y á roncar.

— ¡Qué lástima que haiga pulgas!

— Pues no lo creas, Isaz.

Bien mirao es una suerte

muy grande.

—¿Sí?

—¡Natural!

Porque así no hay chinches.

—¡Conche

—¡No las dejan levantar  
el pico! ¡Pues buenas pulgas  
tíen los de San Sebastián!

—¡La mantención sí que es buena  
según tú!

—¡De Casa Rial!

poco más ó menos!

—Oye,

¿sardinas también habrás  
comido?

—Cuando me daban  
tentaciones de variar.

—¡Y que no estarían frescas!

—¡Ya ves tú, recién pescás!

.....  
.....

Conque ¿qué dices?

—¿Quién, yo?

Que hago una barbaridaz  
y lo que es el año próximo  
me voy á San Sebastian,  
aunque pasẽtoo el invierno

con el hambre á bofetás.

—¡Muy bien!

—¡Es claro!

— Y si sabes,

por una casualidaz,  
de algún amigo que manda  
su señora pa hacia allá,  
dí que te la recomiende,  
que siempre te distraerás  
en el camino.

—Muy fácil  
es que aparezca.

—Pues na,  
yo que tú lo averiguaba.

—¡Pues no lo he de averiguar!

---





## «MEETING» DE PANADEROS

---

.....  
(*Se levanta Cebadeira.*  
*Expectación.*) ¡Compañeros!  
En vista de la conducta  
que el *ilustre* Ayuntamiento  
de Madriz, como le llaman,  
oserva con este gremio  
diznismo de fabricantes,  
vendedores y *lanceros*

de pan (*aplausos*), y en vista de que ha llegao el momento vergonzoso pa la industria panadera y pa sus miembros, (*sensación*) de que el alcalde, pisándonos un derecho constitucional, nos quiere poner la sogá en el cuello, yo, Luisidio Cebadeira, seguro de que interpreto con esaztituz las justas aspiraciones de un gremio tan caluzniao por algunos que viven del merodeo, propongo á mis dinos cólegas presentes, que nos juntemos pa protestar en el azto de esta clase de atropellos, y ¡a sostener incúlome la subida de dos céntimos en libreta, sin dejarnos acochinar por el miedo.

—¡Bravo!

—¡Bien!

—¡Ole los tíos!

—¡Aquí hay que dir por derecho!

¿Buscan bronca? ¡Pues que la haiga!

¿Nos hacen obrar? ¡Obremos  
toos juntos con energía  
pa taparles el resuello!  
¿Nos quieren matar la venta  
de la calle, desigiéndonos  
la chapa del Munecipio  
y á más de la chapa un peso  
y además una licencia  
y además la biblia en verso?  
¡Pues se sirve á la parroquia  
sin la chapa y sin na de eso!  
¿Que nos privan del reparto  
del pan? ¡Pues repartiremos  
tortas, hasta que se enteren  
un porción de caballeros  
de que tien los del oficio  
los calzones muy bien puestos.  
¡Porque si hoy día dejamos  
que nos traten como negros,  
se van á montar encima  
de nosotros con el tiempo!  
*Una voz.* — ¡Yo tengo chapa!  
*Otra.* — ¡Yo también la tengo!  
*Cebadeira contrariado:*  
¿Qué importa que tengáis eso  
cuando no sos garantiza  
la seguridaz del cuerpo?

¿De qué sos sirve la chapa  
 si el Munecipio tié miembros  
 que sos copan en la calle  
 y sos osurpan el género?  
 ¡Y digo que sos osurpan  
 por no emitir otro término,  
 si no tan parlamentario  
 más apropiado y más neto!  
 --¡Que lo diga!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Mucho!

—¡Ahí le duele!

—¡Compañeros!

¿Es lícita la subida  
 del pan?

—¡Sí!

—¡Pa chasco!

—¿El precio

de los cereales permite  
 quese rebaje ni un céntimo  
 la labor?

—¡No!

—¡Nunca!

—¡Magras!

—¡En jamás!

—Y suponiendo

de que lo permita, ¿puede  
ningún alcalde primero  
tasar el precio de venta  
de los productos del gremio?

—¡Qué ha de poder!

—¡Ni el ministro!

—¿Qué entiende el alcalde de eso?

—¡Ni un cañamón!

—¡Tendrá granos!

—De todos modos, el hecho  
real es que ha sido violada  
la libertad de comercio,  
y que si nos queda un gramo  
de lacha gremial, debemos  
hacer un azto muy gordo  
pa que sirva de escarmiento.

(*Aprobación.*) ¡Se nos dice  
que hay ladrones en el seno  
de la industria panadera!

¡Claro que hay! *Un compañero:*

—¡Pido la palabra!

—Diga

pa lo que es.

—Con el ojezto  
de defender á un ausente.

—¡No hay palabra!

—¡Pues protestol!

—¡A callar!

—¡Fúeral!

—¡Que baile!

—¡Darle una patá!

—¡Silencio!

—¡Que hable Cebadeira!

—¡Gracias!

Pues bien, nobles compañeros:

¡Se nos dice que robamos!...

¡Como si el dar falta el peso

dependiera de nosotros

por más esaztos que fuésemos!

¿Y las mermas naturales

que por distintos concetos

tié el pan en cuanto se saca

del horno? ¡Que cuando hacemos

el cárculo del amase

resulta siempre de menos,

sin que dé la concidencia

ni una vez de que haiga esceso!

¡Será un casual! porque todos

conocen nuestro deseo

de favorecer al público

mas que nos perjudiquemos.

¿No es esto verdaz?

—¡Esazto!

—¡Chipendi!

—Y en prueba de olo,

vosotros que seis legales,  
 pundonorosos y reztos,  
 ¿qué ganáis con las tahonas?  
 ¿Qué sus producen los puestos?  
 ¿Qué sacan los que reparten  
 á domicilio su género?

—¡Lumbre!

—¡Ni pa agua!

—¡Cabezas!

—¿Hay en el mundo sujetos  
 más aznégaos que nosotros  
 y con más desprendimiento?

*Todos.*—¡No!

—¿Cuántos artistas

de pan, vulgo panaderos,  
 se hacen ricos? ¡Ni uno solo!  
 ¿Cuántos perecen? ¡Doscientos  
 cada mes! ¿Y cómo paga  
 la sociedad los desvelos,  
 bien aislaos, bien coleztivos,  
 que pasa por ella el gremio?  
 ¡Diflamándonos los públicos,  
 hollándonos los gobiernos  
 y tirándonos la prensa  
 periodística al degüello!

—¡Eso es hablar!

—¡Ahí los hombres!

—¡Muy bien dicho!

—¡Compañeros

¿Hay en la conduzta pública  
razón, equidaz y aseo  
pa con nosotros? (*Murmillos.*)

¿Juzgáis vosotros que semos  
acreedores á esta guerra  
que se nos hace?

—¡No!

—Bueno.

Pues ya que hoy día el consumo  
no agradece los esfuerzos  
de la industria panadera,  
yo sos propongo: primero,  
nombrar una comisión  
salida de nuestro seno  
pa que entere al Munecipio  
de que desde hoy tomaremos  
todas aquellas medidas  
que nos salgan de aquí adrento.

—¡Bravo!

—Segundo, dejarse

de músicas y arrodéos  
y subir los panecillos  
(sin garantizar el peso),  
y el que quiera, que lo tome,  
y aquel que no acete el precio

señalao, que coma mielgas  
y que le hagan buen provecho.

(*Risas, aplausos, rumores,  
y enhorabuenas.*) Tercero,  
tener muy presente que ahora  
con el cambio de Gobierno  
se harán nuevas elecciones,  
y así que llegue el momento  
si los trigos se abaratan  
subimos el pan dos céntimos.

(*Aprobación.*) Cuarto y último,  
mantener este proyezo,  
y si el alcalde continua  
pisándonos el derecho  
mercantil, cerrar los hornos  
y que amase pan el verbo.

(*Entusiasmo.*) *El Presidente:*

—¿Queda aprobao lo propuesto  
por el socio?

—¡Sí!

—¡Se aprueba!

—Pues entonces, compañeros,  
antes de que disolvamos  
este *meetinge*, gritemos:

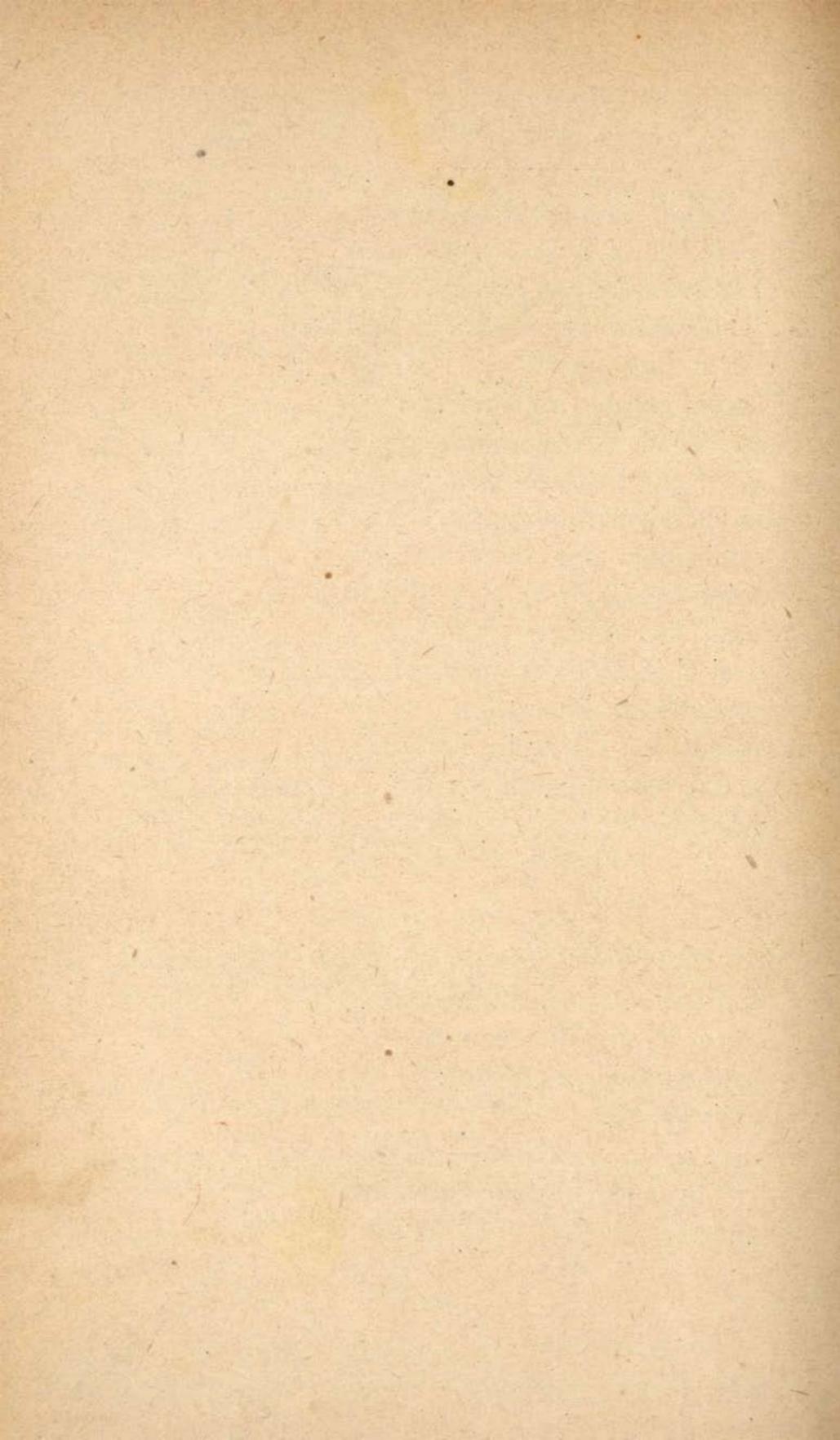
¡Viva el alza!

*Todos.*—¡Viva!

¡Viva la unión de los gremios!

.....





## ARTISTAS ILUSTRES

---

—Que te pongas tantos moños  
no estando presente yo,  
y que vayas y presumas  
de vista y de corazón,  
se comprende, mas que mientas,  
porque eso nos gusta á toos,  
bien mirao, pero que lo hagas  
delante de un servidor  
sabiendo que te conozco  
igual que la que te dió  
á la luz pública, mira,  
me hace la misma impresión  
que el tomar un vomitivo.

—Puede.

— Palabra de honor.

— ¡Qué mala cosa es la envidia!

—¿La qué?

—La envidia.

—¡Sifón!...

—No me hagas reir que tengo pupa en el labio inferior.

—Ya sabes que te hago sombra.

—Cuando te pones al sol.

—Eso dicen.

—Y lo dicen

con muchísima razón.

—¿Tíes muchas corridas?

—Tengo

las que tié mi matador.

—¡Valiente puñao!

—¡Es claro!

Si escetúas una ú dos  
novillás cá temporada,  
que por conmiseración  
le cedés al pobre *Guerra*,  
tú eres el amo del cok.

—Porque he visto en este mundo  
muchísimos cuernos.

—¡Adiós,

que desde que te conozco  
no he visto ninguno yo!

—Puede ser, pero hay bastante  
diferencia entre los dos  
en práztica y en pupila

—Sí que hay.

—Pero á mi favor.

—¿Mucha?

—Poco más ó menos,  
la que hay entre un cañamón  
y tu cara, que es más grande  
que la esfera del reloj  
de Canseco. Tú lanceas,  
es una suposición,  
á un cornupeto de pieses,  
y parece, salvo error,  
que sacudes un felpudo,  
y en cambio, ya sabes que hoy...  
(no lo digo pa que sufras  
ni pa darme pisto yo,)  
toda la prensa taurina  
me llama *¡el primer peón!*

—¡De música! Porque así  
que ves delante un buró  
te se salen los sonidos  
lo mismo que á un acordeón.

—Hay quién se asusta en silencio  
y le resulta peor

—¡Calla, nulidaz!

—Quisieras  
tener mi reputación  
tauromática dos horas

pa ser más nombrao que Dios.

¿Tú quiebras á cuerpo limpio?

—Ni tú tampoco.

—¿Que no?

—¡Vamos, hombre!... Tú quebrastes el año noventa y dos.

cuando tuvistes el puesto

de dátiles y jabón

en las Peñuelas, ¡pero ahora

qué has de quebrar, hablador!

¡Y á cuerpo limpio, y le tiés

más negro que el *Chulalón!*

—¡Gracias!

—No hay por qué.

—De modo

que estando como estás hoy también puede ser que digas que me falta corazón.

—¡Eso nunca! Ya sabemos

que por sobra de valor

te has mudao hace tres días

de la calle del Peñón,

así de que te enterastes

por el azmenistrador

de que han arquilao el bajo

pa casa de vacas.

—¿Yo?

No me he mudao por los cuernos;  
me he mudao por el olor  
que arroja el ganao vacuno  
dentro de la población.

—La saluz es lo primero  
que hay que cuidar

—Sí, señor.

Y te azvierto que esas bromas  
no se las permito yo  
ni á mi padre, porque corren  
y atacan al pundonor  
profesional.

—Tú tiés poco  
que perder, gracias á Dios.

—De manera que resulta  
que no valgo pa peón  
y que tampoco pareo,  
y...

—¿Quién ha dicho que no?

—¡Cá par de coces que arrimas  
vale seis duros.

—Yo doy  
coces y corto asaduras,  
cuando llega la ocasión,  
fuera del terreno artístico,  
pero dentro de él estoy  
muy por encima de algunos

que sos dais cierto charol.

—¿Tú, por qué?

—Porque yo paso como nadie.

—¡Sí, señor!

—¡Y que te coste!

—Tú pasas...

boqueras junto al Salón del *Heraldo* y á la puerta de El Diván.

—¡Mia que estás hoy negativo!

—¡Ya lo creo!

Como que tengo el honor de saber que no te cabe la iznorancia en el zurrón.

—Me choca que digas eso sabiendo que en Algodor y en Meco y en Pedroñeras y en Huete y en Mocejón he matao bastantes toros...

¡como pué que no haiga dos que los maten aztualmente!

—¿A disgustos?

—No, señor.

¡Recibiendo!

—Sí, puntazos

en semejante región.  
Por cierto que de resultas  
tiés la parte posterior  
igual que un azucarillo.

—Eso les ocurre á toos  
los que pisan el terreno  
de los moruchos, Eloy,  
y á los que no ven la *ginda*  
y hacen lo que un servidor  
y se tiran con vergüenza.

—¿Qué haces tú?

—¿Que qué hago yo?

Que cuando voy á la plaza  
me llevo un despertador  
porque al meterme en la cuna  
me quedo como un lirón.

—Y así de que abres los ojos  
te encuentras al ispetor  
con dos números del orden.

—¡Mentira!

—Calla, guasón,  
y cuéntale todas esas  
papas al embajador  
de la China, que los chinos  
se lo tragan cuasi too  
¡Ni tú sabes ver los toros  
como manda la afición,

ni distingues un pimiento,  
 ni has conocido el valor,  
 ni pasas más que fatigas,  
 ni matas más que *el Hurón*,  
 y á ti lo que te hace falta  
 es encontrar un gachó  
 que te rompa la cabeza  
 pa que arrojes el vapor  
 que te se ha metido dentro  
 del cilindro, y sobre too,  
 que te dé pa unos garbanzos,  
 porque estás débil, *Sifón*.  
 —Natural, como tú sacas  
 de los cuernos más que yo,  
 comes á lo rey.

—No tengo  
 ganas de conversación,  
 y quítate de mi vista  
 volando, y haz el favor  
 de alternar con los maletas  
 de tu par igual!

—¡Adiós,  
 Luis Mazzantini y Eguía!  
 —¡Tadai, mamarracho!...

.....  
 .....

—¡Eloy!

—¿Qué quieres?

—Miá qué *colasa*  
va á tirar tu matador.

¿La cojo?

—¡Naturalmente!  
¡Pues no eres poco rumbón!

.....  
Y vente pa acá con ella,  
que alternaremos los dos.

---



## CUESTIÓN DE GUSTOS

---

—¿Tengo razón?

—Sí la tienes.

Mirándolo bien es chata,  
y una mijita bisoja,  
y un poquitillo tartaja,  
y tiene, como tú dices  
con mucha razón, la cara  
cuasi más negra que el forro  
de las morcillas ahumadas.

—Y ribetes en los párpados.

—Y un sobrehueso en la espalda.

—Y es un sí es ó no torcida.

—Y á veces un poco tarda  
para la higiene ¡Las cosas  
que se ven no hay que negarlas!

Pero ¿qué me importan esas  
cinco, seis ú siete faltas,  
que no lo son si te fijas  
en su desinificancia,  
sabiendo que la Dolores  
es una mujer honrada?

—¿Quieres que hablemos en serio?

—¡No te estoy hablando en chanza!

—Como nunca se conoce  
cuándo te expresas en guasa  
y cuándo en formal, no debe  
de chocarte que uno te haga  
esta interrupción.

—¡Liborio,  
te hablo seriamente!

—¡Basta!

—Yo sé (y esto te lo digo  
dentro de la confianza)  
que la Dolores no vale  
lo que un kilo de patatas  
respepto á su parte física,  
porque además de las varias  
deficiencias exteriores  
que acabamos de sacarla,  
no puedes lo que se dice  
dirigirla la palabra  
i á veinte leguas, efezto

de que te tira de espaldas  
al alentar, pero, en cambio,  
cuasi too eso lo sursanan  
sus condiciones internas,  
que están de non en España.  
—¡Siempre habrá que quitar algo,  
Ginés!

—No hay que quitar nada;  
porque ¿me dices tú donde  
se ha visto mujer más llana,  
ni más buena, ni más útil,  
ni más desinteresada?  
¿Cuándo ha existido en el mundo  
ningún otro ser con faldas  
que agradezca los afeztos  
como esa pobre muchacha?  
¿Dónde han tropezao tus ojos,  
nunca jamás, con la ganga  
de una mujer que se ofenda  
cuando su novio trabaja  
y que, además, tenga gusto  
de sufragarle la casa  
y de vestirle lo mismo  
que á uno de la aristocracia?  
¿Hay alguien, entre los muchos  
desahogaos con que uno trata,  
que se cuelg e de rositas



en los hombros una capa  
de paño verde botella  
y embozos de celpa grana,  
y que se ponga á too pasto  
camisas cuasi de holanda  
y botas de piel de cerdo  
con su inicial en las *cañas*?  
¿Sabes de algún ciudadano  
que sin pisar una fábrica  
ni un taller ni dengún sitio  
de esos donde se trabaja  
lleve siempre, por lo menos,  
dos ó tres duros en plata  
pa sus vicios y los de otros,  
y que beba cosas caras  
y que fume de Susini  
y que el día que se lava  
gaste jabón de lechuga  
en vez de arena ú potasa?  
¿Que no puedo darme tono  
como tú con la Gervasia,  
porque la tuya es de buten  
y la mía un perro de aguas?  
¡Ya lo sé! Pero en el mundo  
cuasi too tié sus ventajas,  
Liborio, y así sucede  
que mientras que tú te pasas

trabajando como un burro  
seis días á la semana  
pa ir y llevar á tu novia  
conforme á sus circunstancias  
físicas, y mientras tienes  
á todas horas el alma  
poco menos que en el aire,  
por mor de que nunca falta  
quien te busque las revueltas  
pa hacerte una charranada,  
yo me doy la primer vida  
y estoy hecho un patriarca  
y me divierto de gratis  
en tanto que ella se afana  
despachando en su taberna  
rondas de tintas y blancas,  
y además estoy tranquilo  
porque es imposible que haiga  
ningún loco que la diga:  
—*¡Por ahí te corrompas!*

—¡Calla,

ciego!

—¡Sí, ciego!

—¿No valen

cinco minutos de cháchara  
con una mujer hermosa  
que te camele con ansias

mucho más que toos los goces  
del mundo? ¡So papanatas!  
¿No hacen olvidar las penas  
dos ojos negros de á cuarta  
que se fijan en los tuyos  
y te eletrizan el alma  
y te caldean el cuerpo  
y te llevan en volandas  
hasta los propios dinteles  
del cielo? ¿Con qué se paga  
un *¡Chulo de mis fatigas!*  
y un *¡Negro de mis entrañas!*  
dicho con pasión por una  
mujer bonita y honrada?  
— Eso está bien pa cuando uno  
prencipia á tender el ala;  
pero así que la esperencia  
se echa encima, te se aclaran  
los sentidos y no buscas  
por ahí más que cosas prázticas.  
Yo he tenido, como sabes,  
un porción de mozas guapas  
de toos gustos y calibres  
y de toos pelos y castas,  
y ahí están, sin ir más lejos,  
pa probarlo si hace falta,  
*Severina la Locatis,*

Concha la *Desvencijada*  
y la nuera del *Quitolis*  
y la novia del *Badanas*;  
pero ¿qué me han dao? ¡Disgustos  
que me han salido á la cara,  
de esos que ofenden al hombre  
de más tragaderas que haigal  
Desengáñate, Liborio,  
tú no ves las cosas claras  
porque llevas el caletre  
tapizao de telarañas.

Hoy, entre echarse una novia,  
supongamos, pobre y guapa,  
que te tenga siempre en vilo  
y que no te dé ni pa agua,  
y entre andar en relaciones  
formales con un fantasma  
que esté libre de golosos  
y que te llene la panza...

¡recapacita las cosas  
con un poquito de calma,  
y en cuanto recapacites  
díme tú si hay comparanza!

—Es que, pa seguir la ruta  
que tú sigues, hace falta  
tener el primer estómago  
y haber nacido sin lacha.

y llevar una acerola  
por corazón.

—A Dios gracias,  
con esos tres requisitos  
me echó á este mundo mi mama,  
que, á juzgar por eso sólo,  
debió de ser una sabia.

—¡Pues no te envidio la suerte  
ni te arriendo las ganancias!

—Deja que pasen los años  
y que te den la tostada,  
verás cómo luego dices:  
*¡Qué vista tiene ese caña!*

---

## UN GUAPO

---

—Sabiendo tú, como sabes,  
las pulgas que yo me traigo,  
y costándote de sobra  
que está por nacer el guapo  
que me pise el contrafuerte  
sin que yo le muerda el cráneo,  
debes comprender, Quirino,  
cómo acabaría el ajo.

—¿Con sangre?

—¡Naturalmente!

—¡Qué tripas tiés, Escolástico!

—¡Ya lo sabes!

—¿Y ande entierras?

—En ningún lao. Yo le masco  
los entrecotes al *Sursum*  
*Cordam*, si se viene á mano,  
sólo con que me estornude

fuerte; pero no me paro  
á levantar su cadáver  
de ande caiga, que ese cargo  
no es pa los hombres que gastan  
la guapeza que yo gasto.

—¡Perdóname si te ofendo  
con mi pregunta!

—¡No hay caso!

Si me hubieras ofendido  
no estarías preguntándolo,  
¡porque el dios que á mí me ofende  
se queda mudo en el azto!

—Ya lo sé; pero volviéndonos  
al prencipio del relato,  
voy á atreverme á decirte  
que estuvistes un poco áspero  
con Sindulfo, porque el hombre  
no dió motivo pa tanto,  
según mi ver.

—Eso prueba  
que hablas por boca de ganso,  
como acostumbras; que iznoras  
las acciones de lacayo  
de funeraria que tiene  
cometidas ese guarro  
connigo, y que tú no sabes  
que, dao mi carázter agrio,

he sido con él un ángel  
de bueno.

—Pues me retrazto  
de lo dicho, porque entonces  
es que no me habré hecho cargo.

—¡Natural! Y pa que puedas  
enterarte y ser esazto,  
cuando cuentes lo ocurrido,  
te voy á poner en autos,  
y dí tú si no me brota  
la razón por los padrastrós  
de los pies.

—Habla.

—Tú sabes

que tengo tan buena mano,  
gracias á Dios, pa cuestiones  
de lotería, que es raro  
que yo no coja un pellizeco  
grande, pequeño ú mediano  
por lo general.

—Se entiende,  
cuando juegas.

—¡Está claro!

Y sabes que de resultas  
hace cosa de tres años  
que la novia de Sindulfo  
siempre quiere estar jugando

conmigo, pa ver si acierta  
con el gordo, y deja el tráfico  
de la prazuela y se quita  
de hablar con ese borracho  
por *seculorum*.

—Entonces

me paece que tié pa rato.

—Pueda ser, pero á lo que íbamos:

pasaba yo, tres ó cuatro  
días antes del sorteo  
de Navidaz por el patio  
de mi casa, donde vive  
también el Sindulfo, cuando  
sin que yo me apercibiera  
se abre la puerta del cuarto  
y oigo que la Secundina  
va y me dice por lo bajo,  
con esa voz que ella pone  
cuando quíé conseguir algo:

—*Si no llevas mucha prisa,  
ó si no te da reparo,  
pasa, que tengo que hablarte  
dos minutos, Escolástico.*

Yo me hice el tonto, por miedo  
de que me viera la Amparo  
desde el corredor, porque anda  
de resultas de aquel chasco

de la Rita, con más ojos  
que una ensalá, pero al cabo,  
dije:—Cuando ésta me llama  
sabiendo lo mal que andamos  
él y yo de relaciones  
por su culpa, si no paso  
pueda ser que se figure  
que á mí me se hiela el cuajo  
y que me escurro por miedo  
de Sindulfo. Conque claro,  
como tengo este carácter  
y no me asustan los bravos,  
entré pa adentro, y entonces  
ella me dijo:—*Te llamo  
porque se ha marchao Sindulfo  
con unas muestras de granos  
á las Descalzas, y puede  
que no vuelva en un buen rato,  
pa saber si me permites  
jugar contigo, Escolástico,  
porque tú tiés mucha suerte  
y así puedo sacar algo.*  
Yo hice intención de negarme,  
con ojezto de evitarnos  
otro disgusto, diciéndola  
que no jugaba ni un cuarto  
siquiera, pero no ostante,

ella siguió machacando;  
y con que—*¡Ya no me estimas!*  
y con que—*¡Eres un ingrato!*  
y con que—*¡No me das gusto!*  
y con que—*¡Así paga el diablo  
la amistad!*, fué camelándome  
la mujer, hasta que al cabo  
me sacó parte en el número  
mil doscientos treinta y cuatro;  
y estaba la pobre chica  
más contenta que Aguinaldo  
después de hacer el ajuste  
pa la entrega de los tágalos,  
cuando van y abren la puerta  
y entra Sindulfo muy ancho  
y emite una frase sucia,  
y nos quedemos mirándonos  
talmente como si fuésemos  
estatuas; ella guardando  
las formas con el propósito  
sin duda de apaciguarnos,  
y él como pidiendo bronca,  
y yo... ¡puedes figurártelo  
tú que conoces los kilos  
de veneno que me traigo!  
De esta manera estuvimos  
los tres un porción de rato,

hasta que por fin el hombre,  
después de muchos preámbulos,  
y de plancharse los tufos,  
y de escupirse las manos,  
y de ponerse de forma  
que se le viera el vergajo  
pa que á mí me se mudara  
la color con el espanto,  
como si yo fuera un chico  
de los que van á los párvulos,  
pregunta con mucha flema:

—*¿Qué hace aquí ese mamarracho?*

A lo cual, desaminándole  
con sorna de arriba abajo,  
le repuse sin moverme  
de junto á ella pa azararlo:

—*Pues vengo á ver si querías  
tomarte dos puñetazos  
en la cabeza conmigo.*

Y él contestó:—*¡Treinta y cuatro!*  
Conque entonces me dió miedo  
porque conozco lo bárbaro  
que soy, y cuando me pongo  
burro no se lo que me hago;  
pero pa que no creyera  
que á mí se me arruga el párpado,  
le respondí, levantándome

del sofá: — *Salte pa el patio,  
Sindulfo, porque si mueres  
quiero que mueras al raso.*  
Y aquí viene la porcada  
gorda que me hizo ese guarro,  
y que no se la perdono  
ni aunque viva dos mil años.  
—¿Cuála fué?

—Que sin dejarme  
lugar pa salir del cuarto,  
como hubiese hecho cualquiera  
persona honrada en su caso,  
y sin respetar el seso  
ni la situación del ánimo  
de la pobre Secundina,  
me soltó dos vergajazos  
aquí, en semejante sitio,  
traidoramente, que... ¡vamos!...  
no creo que me haga falta  
referirte el espectáculo  
que di, porque me conoces  
y lo supondrás.

—¡Pa chasco!

—Mira, sentir yo los golpes  
en la nuca, verme echando  
sangre por boca y narices  
á chorros, y meter mano

pa empalmarme con idea  
de hacer un asesinato,  
fué todo uno. Pero el tío  
se debió sospechar algo  
porque al verme descompuesto  
me dió otro par de estacazos,  
como el hombre que se teme  
perder la existencia.

—¡Clarol

¿Pero tú?

—¿Quién, yo?... ¡Carcula!

Yo, cegao por aquel azto.

sentí que me se subía

la sangre de toos los vasos

al frontal, y le repuse

despidiendo espumarajos

de rabia:—*¡No me provoques,*

*por Dios, mira que te mato!*

Y al oserver que el muy primo,

en vez de haberse achantao

por su bien, al viceversa

continuó dándome palos,

saqué la lengua de vaca,

prencipié á largar encargos

y á ofender á su familia

y á blasfemar y á dar saltos...

y ¡el delirio! Con decirte

que salió huyendo pa el patio  
pidiendo socorro á voces  
y que se escondió debajo  
del mostrador de la tasca  
de Quintín *el Maragato*,  
figúrate... Por supuesto  
que le eché la vista al gato  
y ¡no sé! pero carculo  
que le di seis mil pinchazos,  
porque irme yo de vacío  
con las tripitas que gasto...  
¡cualquier día!

—De manera  
que ahora le estarás buscando.  
—¿Quién, yo? ¡Tú no me conoces,  
Quirino! Me dió tal asco  
la blancura de Sindulfo  
por lo que te estoy contando,  
que en seguida busqué casa  
y me las guillé del barrio,  
porque á mí me se envenena  
la bilis en ciertos casos,  
y el día que me lo encuentre  
¡sé que muero en un cadalso!  
—¡Sí, porque tú, si te pones,  
eres un tigre!

—¿Qué? ¡Varios!

## UN HOMBRE PRÁCTICO

---

—¿Yo trabajar? ¡Buena gana de darle penas al cuerpo pa andar siempre á puñetazos con la carpanta, Quiterio!

—¿Y qué vas á hacer entonces?

—¡Repuñol! Ni más ni menos que lo que hago desde el día que me se alumbró el cerebro y comprendí que el trabajo, según yo y tú lo entendemos, lo han inventao pa los burros del uno y del otro seso, pero no pa los que tienen dos adarnes de criterio, como yo.

—Pues no trabajos

y te quedarás anémico,  
porque ande no se trabaja  
claro está que no hay dinero,  
y cuando falta la guita  
se carece de alimentos,  
y sin nutrición no hay sangre,  
ni estómago, ni na.

—Bueno.

Eso lo decís los tontos  
de nación, porque sois ciegos  
y lleváis á todas horas  
vendao el entendimiento,  
pero yo, que he visto muchas  
cosas en el año y medio  
que hace que dejé el oficio,  
te refuto con mi ejemplo,  
y á ver si después de que oigas  
las razones que te alego  
te atreves á rebatirme  
tanto así.

—Habla y veremos.

—¿Tenía yo, ni con mucho,  
los colores que ahora tengo,  
gracias á Dios, cuando andaba  
cargando cubos de yeso  
y recontando ladrillos  
y descombrando cimientos?

—No, porque entonces estabas como atigrao, por efezto de la calor y del polvo.

—Y de los padecimientos morales.

—Y viceversa.

—¿Me has visto tú, por ejemplo, no ostante de que usas gafas con los cristales de aumento, fumar brevas escogidas de diez y de quince céntimos en lo que hace que me tratas? ¡Vamos, dílo!

—No recuerdo.

—Pues hoy me cargo los puros á puñaos, y si tropiezo por ahí con una colilla me sonrío y la desprecio mas que sepa que es del niño de la bola.

—Muy mal hecho.

Porque el hombre nunca debe tener orgullo.

—Va en genios.

¿Quiéres decirme qué líquidos han penetrao en el seno de mi persona, en el año

que hace que nos conocemos?

—Vino.

—¡Sí vino! ¡Las ganas!  
¡Lozoya con fragmentos  
denigrantes, caldos tísicos  
y flor de malva y recuelo!  
¿Cómo andaba yo endenantes  
de ropa?

—Mal.

—Cuasi en cueros,  
Catalino, porque á veces  
iba enseñando los huesos  
por la calle. ¿Cuántas hembras  
me apreciaban?

—No sé.

—¡Cero!

¿Y no es esto triste?

—Mucho.

—Pues pa que veas, hoy puedo  
disponer de cinco duros,  
y no me falta un chaleco  
de Bayona y una capa  
y un buen chaquetón, y bebo  
del aguardiente más caro  
que se encorambra, y alterno  
con un porción de personas  
de la *higa liz* y me llevo

detrás de mis desperdicios  
mujeres de mucho mérito  
entrínseco, que andan locas  
hasta ver si las aceto  
su estimación. ¡Conque ahí tienes  
como varían los tiempos!

—Pues, chico, yo, si he de hablarte  
con franqueza, no me quejo.

—Porque eres un cabezota.

—Te se agradece el conceto.

—No hay ofensa, porque díme:  
¿qué sacas tú de pocero  
de la Villa?

—Dos pesetas,  
cuando se trabaja.

—Bueno.

¿Y qué haces con ocho reales  
y con seis chicos pequeños  
además de tu señora,

de su hermana y de tu suegro?

—Pues, hombre, se va tirando.

—Quedrás decir recogiendo,  
porque con los ocho reales

no tiras tú ni el pellejo  
de las patatas, por mucho

que te devanes lo sesos,  
¿verdaz? Y dejando aparte

la cuestión del alimento,  
¿qué adelantas respirando  
siempre los aromas fétidos  
de la atarjea?

—Sacarme  
mi jornal.

—Ya estoy en ello.  
Y aculotarte lo mismo  
que las pipas por efezto  
de los miasmas putrefazos  
que te se azdieren al cuero,  
y perder las relaciones  
que tengas, porque te azvierto  
que no hay quien hable contigo  
cinco minutos (á menos  
que esté costipao) sin darle  
tiricia.

—Sí que te creo,  
pero como ya es difícil  
que me den un menisterio  
de los de Cuba, ¿qué quieres  
que haga yo?

—Lo que este clérigo.  
—¿Qué haces tú?

—Pedir limosna.  
—¡Puñales!

—Y vender perros.

—¿De ande los sacas?

—Los cazo

con una perra que llevo,  
más honrá que la Cibeles  
pero más lista que el clero.

—¿Y ande tienes la vergüenza,  
*Colín?*

—Se la he dao á réditos  
á Sanguily.

—¡Si tu padre  
levantara el esqueleto  
de repente!

—Se daría  
con una piedra en los pechos  
al ver que todas las noches  
entran en casa lo menos  
cincuenta reales.

—¡Tirando  
la educación por el suelo,  
y llenando de inundicias  
el nombre de los Recueros  
que has heredao!

—¡Pues si vieras  
cuanto lo agradece el cuerpo!

—¡Calla, sucio!

—Mientras haiga,  
como hay, artistas de mérito

que te pinten la cangrena  
y que te amputen un miembro  
fícticamente, y quedando  
la mar de individuos tiernos  
de corazón, que se *corren*  
al ver los males ajenos,  
ganas más que un contratista  
de víveres pa el ejército.  
Y si no te incomodaras  
yo te daría un consejo  
pa demostrarte mi estima.

—¿Cuál?

—Que te metas á méndigo.

—¿Me hablas de formal?

—Pues claro.

—Si vuelves á decir eso,  
te introduzco las narices  
hasta la nunca.

—¡Qué genio!

¿Y luego pa qué, si al cabo  
tienes que acabar pidiendo?

—Pediré limosna el día  
que no quede más remedio,  
pero con decoro, ¿sabes?

—¡Allá tú! Pero te azvierto  
que á los que piden por fuerza  
les va muy mal en el gremio.

## CRÍTICA BARBERIL

---

—¡Hola, don Luis!

—Buenas noches.

—¡Adelante!

—Llevo prisa.

—¡Dos minutos!

—¡Vaya, buenol

—¡A ver tú, chico, una silla

pa don Luis!.....

.....

—Cuando usted guste.

—Vamos, pero deprisita,

¿verdad?

—¡Al vapor! ¿Qué hacemos?

—Afeitar.

—¡Agua, Matías!

¡Anda, vivo! No hay un hombre

que azare más al artista  
que usted. ¡Por fuerza le han hecho  
con rabos de lagartija!

¡Siempre al galope! ¡Qué sangre!

¿Descargamos las patillas  
una miaja por abajo?

—Sí, señor, y por arriba.

—Conviene.

—Bueno, pues duro.

.....  
—Pero ¿ha visto usted qué día  
tan superior? Luego dicen  
que hay la mar de pulmonías.

¡Pues no ha de haber! Y á propósito,  
diga usted, ¿qué hay de noticias?

—No sé.

—¿No? Pues por ahí dicen  
que nos buscan las cosquillas  
los *yankees*, pa que saltemos  
y se arme la sarracina

—Bueno.

—Y debe ser verídico,  
porque hoy ha dicho un bolsista  
que está bajando la Bolsa  
la mar casi toos los días.

Pero pa mí que los *yankees*  
no se marchan de rositas,

porque ¡créame usted que ellos  
la tien más baja entoavía!

—Puede.

—¡Pues poco que gruñen!  
¿No ha visto usted cómo chillan  
en Chicago? Por supuesto,  
sin razón, si bien se mira,  
porque hasta el mes de Noviembre  
no empieza la degollina.

Y eso que quizás que este año  
se hagan antes las morcillas,  
si hay guerra; que no habrá guerra  
porque son unos gallinas,  
¿verdaz? Y además no ponen,  
que es lo que les perjudica...

—¡Hombre, que está usted metiéndome  
jabón por las ventanillas  
de la nariz!

—Es que hablando  
de los *yankees* me se excitan  
los nervios y me atolondro.  
Levante usted la barbilla.  
Más. ¡Muy bien!

.....

Usted dispense,  
pero hace un porción de días  
que yo y otro compañero

tenemos una porfía.

¿Usted es esteta?

—¡Rifiones!

—¡Claro! ¡Si lo ve en seguida

cualesquiera que no lleve

nubes en las dos pupilas!

Yo al encontrarle á usted anoche

viendo *El Santo de la Isidra*

con aquel par de mujeres

tan guapas y tan castizas

me dije: ¡*Miá tú que esteta!*...

¡*Como yo característica!*

No crea usted, que así estamos

casi siempre yo y Elías,

porque discurre lo propio

que un encuarte del tranvía

del Este. ¡No se jugaba

connigo hasta la camisa

la otra tarde, discutiendo,

referente á periodistas,

á que *Clarín* es un crítico

de los de primera línea!

—Tiene razón.

—¡Vamos, hombre!...

¡Donde está el señor García

Ladevese!...

—También vale.

—¡Como que tié mucha miga!  
¡Mire usted que va á hacer cosa  
de un mes publicó una crítica  
contra *esos* que escriben piezas  
de chulos... que echaba chispas!

—No era mala.

—¿Mala? ¡Super!

Bueno, pues entodavía  
tié descaro pa decirme  
que ya quisiera escribirlas  
él así...

—¡No haga usted caso!

—¡Quién! Yo me río las tripas  
y le oigo los disparates  
lo mismo que el que oye misa  
por compromiso. De modo  
que el hombre se encorajina,  
con razón, ¡y armamos unas!...  
Usted puede ser que diga  
que qué nos dice el maestro  
cuando ve nuestras porfias;  
na, porque estando presente  
nos entendemos por mímica;  
pero ahora, como no es fácil  
que baje á la barbería  
por su enfermedad, ni Cristo  
nos para la campanilla.

—Pero ¿está enfermo?

—¡Repuño!

¡Si por poco se las lía  
tras de antiyer!

—Pues ¿qué tiene?

—¡Cualesquiera lo averigua!

El ¿sabe usted? la otra noche  
se fué á ver *La noble y rica*

*pastora*, con un pariente  
que ha llegao de Filipinas,

y le sentó como un tiro,  
porque lleva quince días

en un ¡ay! ¡Falta de cárculo!

Na, que se acaloraría

demasiao, no tuvo luego

precaución á la salida...

y á morir. Pa mí es el dengue,

lo conozco por los síntomas.

Abí tié usted á la maestra.

—¡Buena mujer!

—¡Extrafina!

¿Caliente ó fría?

—Templada.

—Muy bien. ¡Templada, Matías!

No crea usted, que á la pobre

no le llega la camisa

al cuerpo. Naturalmente,

como no hace entodavía  
 dos meses que se casaron...  
 Y luego, que si él espicha,  
 ya ve usted, ¿qué hace en el mundo  
 con esas criaturitas?

—¿Cuántas tienen?

—Dos.

—¡Qué lástima!

—Y además, ella está en cinta  
 de seis; de modo que... ¡Vamos,  
 y menos mal que es muy lista  
 y tié unas manos que valen  
 cualquier cosa!

—¿Sí?

—¡Maznificas!

Como que siendo más joven  
 sacaba lo que quería  
 de chalequera. Lo mismo  
 que su madre y que su prima  
 la sorda. ¡Si son más célebres  
 en eso que en las rosquillas  
 Fuenlabrá! Too Dios lo dice:  
*¡Pa chalecos, la familia  
 de la Salomé!* ¿Ponemos  
 un poco de brillantina?

—Si es buena...

—¡No ha de ser buena!

¡La mejor que se fabrica  
 en París! Hay otra clase  
 que parece goma líquida  
 con un olor á sebazo  
 que no hay Dios que lo resista,  
 pero es pa *ciertos* salones,  
 porque aquí no se escatima,  
 don Luis. ¡Mire usted qué aroma!  
 ¿Verdaz? ¡Como que es riquisma!

.....  
 Servidor. Estoy pensando  
 que si va usted y se descuida  
 en venir, lo que es mañana  
 no ve usted mi personita  
 por el salón.

—¿Cómo es eso?

—Porque voy á la *Bombilla*  
 con unos cuantos amigos  
 y las hembras respetivas,  
 ¡todas muchachas corrientes  
 y de bulla! Nos convida  
 Valentín el ayudante,  
 que se encargó el otro día  
 de velar por la pureza  
 del sufragio en la Latina  
 y de comprar unos votos  
 pa no sé quién... ¡pa algún lila!

y como él es medio simple,  
fué y se achantó con la guita...

—¡Bien hecho!

—¡No, que se juega!

¡Tres mil reales de rositas!

Dinero gastao en tonto,

¡porque elecciones más *sinceras!*

¿No es verdaz? Baje usted un rato,  
verá usted que juerguecilla.

—Gracias, no puedo.

—¿De veras?

—¡Palabra que no!

—¡Matías,

un cepillo!...

— Ya está.

—Conque

señores, hasta la vista.

—¡Vaya usted con Dios, don Súpito!

Y no traiga usted esas prisas  
aquí, que no da usted tiempo  
ni pa saludar.

—¡Atiza!

¡Y habla más en diez minutos  
que Moret en quince días!

—Pero con menos provecho,  
don Luis.

—¡Taday, taravilla!



# EPÍLOGO

---

¡Gracias á Dios!—diría un creyente:—¡Ya es hora, digo yo, de que se me entre por las ventanas de los ojos y refresque mi entendimiento el *aire* literario de la tierra, el ambiente español que va faltando en casi todos los libros españoles!...

¡Aaa! ¡Con qué gusto respiro, paseándome por el *Zaguán* de Cavia y visitando uno tras otro los nuevos *corredores* que en su casa de Tócame Róque ha edificado López Silva!... ¡Vaya un zaguán! Es amplio, firme, hecho á prueba de modas y desvencijamien-

tos artísticos, sin *vanos* en la fábrica, sin trampa en el estilo, sin desconchaduras en el revoque; de una pieza, de castiza albañilería española. De los *corredores*, no hay que decir; López Silva ha aposentado en ellos, como en el resto de la casa, lo más *noble* de la andante golfería madrileña, y con tales inquilinos y tal huésped excusado es manifestar si tendrá sabor *barriobajero* y clasicidad truhanesca cuanto aquellos inquilinos hablan, hacen y deshacen á veces...

No es mi ánimo zurcir elogios para Cavia y para López Silva. ¿Á qué? No los necesitan *mayormente*. «Han hecho, *hacen lo suyo*», como diría cualquier personaje de *Migajas* ó *Los Madriles*, y no andan necesitados de alabanzas. Queden ellas para los otros, para quienes dan en la flor de solicitar, sombrero en mano, lo que no pudieron conseguir pluma en ristre, para quienes viven de la limosna ajena porque no pueden vivir del talento propio. Bueno es dar cinco céntimos, cuando se tienen, al que humilde-

---

mente los mendiga, pero fuera ridículo ofrecer una peseta á un millonario...

Mi objeto es otro para el cual no necesita esfuerzos mi imparcialidad y requerimientos mi pluma. Esto que yo escribo no es un epílogo, es un desahogo de mis pulmones literarios que se esponjan y se dilatan aspirando una atmósfera pura, limpia de *estetismos*, *decadentismos*, *modernismos*, *sadismos*, *tontismos* y demás microbios envenenadores del arte sano.

A ese arte, al sano, pertenece CHULAPERÍAS. No es su autor uno de tantos como andan por ahí haciendo trasplantaciones de escuela raquílicas donde la impotencia para la concepción, la falta de masculinidad para el engendramiento, se disfrazan con refinamientos que excitan sin satisfacer y desfloran sin procrear; no es de aquellos que, incapaces de convertir á la naturaleza en madre fecunda, la convierten en prostituta asalariada. No es tampoco de esos escritores *novísimos* que hacen de Oscar Wilde el apos-

tol de sus *pederastismos* literarios y el portaestandarte de sus antinaturalismos orgánicos. No; afortunadamente para la literatura y para él, López Silva es un artista *macho*. Ni los *oscarwildistas* han entrado en él, ni él ha entrado en los *oscarwildistas*. Lo hago constar así porque las cosas se han puesto de tal modo que precisan declaraciones terminantes. A cada uno lo suyo.

Fuera parte de esto,—y ya es mucho—López Silva es un literato español, de pura casta española. No ha ido á buscar sus inspiraciones en libros extranjeros, en literaturas extranjeras; no ha traducido caracteres, tipos y costumbres extraños para darlos como propios; se ha inspirado en la naturaleza—¡claro! ¿dónde va inspirarse el artista?—pero en la naturaleza patria, y ha escogido para modelos los hombres, las mujeres, las costumbres que ha encontrado delante de él. De ahí que sus libros recuerden, por su estilo y por sus personajes, los de las novelas picarescas, gala y orgullo de nuestra litera-

tura; de ahí que sean tan populares. ¿Cómo no han de serlo, si el lenguaje está arrebatado á los labios que lo crean y los personajes están vívidos, vistos, arrancados á la realidad, modelados con el desnudo enfrente?

¡Ah, si los escritores españoles jóvenes hicieran lo que López Silva, tendríamos literatura!... Si, en vez de buscar asuntos y costumbres y tipos en libros que la mayor parte de esos escritores ni siquiera de corrido pueden traducir, estudiaran lo suyo y lo vieran y lo vivieran, ¡qué hermosa literatura podríamos legar á los que nos siguiesen!

Los mismos seres de quienes López Silva aprovecha el lado cómico, el perfil truhanesco y la canallesca manifestación, tienen otros aspectos, otras manifestaciones en las que pueden inspirarse todos los acentos, desde el más tierno hasta el más dramático.

En el modo de vivir, de sentir, de pensar de aquellos seres hay asuntos para todas las expresiones artísticas. La cuestión es buscarlos.

Y al lado de ese pueblo español, genui-

namente español, canalla y sublime todo á un tiempo, hay una burguesía española y una aristocracia española y un clero español que tienen su característica, su determinante, y que debieran estudiarse, profundizarse, disecarse para llevarlos después al libro, al teatro, al poema, á cualquier molde literario. Si esto se hiciera, ¿no sería otra cosa nuestra literatura?...

¡Lo sería! Porque si los hombres y las mujeres son en su esencia idénticos, nazcan donde nazcan, no lo son en las exteriorizaciones de esa esencia común. Las pasiones son iguales en todas partes, la forma de manifestarse distinta en cada una. Así como los franceses, los rusos, los alemanes, los noruegos, todos, se inspiran en la naturaleza que les vió nacer para producir sus obras de arte, inspirémonos nosotros en esta naturaleza española y tengamos una literatura donde, ya que la epidermis, el idioma es español, la carne y los nervios y la médula sean españoles también.

---

Yo declaro... Pero no es este momento de hacer profesiones de fe... Sería el epílogo más largo que la carta, y no me gusta molestar.

Conque... vuelvo al principio.

Querido López Silva: Mi enhorabuena por el *Zaguán* que le ha puesto Cavia á tu casa, y díles á tus nuevos inquilinos que no será la última *docena* que tomemos juntos.

*Joaquín Dicenta.*

# ÍNDICE

---

	<u>F</u> áginas.
Zaguán.....	v
Viajeros ilustres. ....	1
Genio y figura.....	11
Los comparsas. ....	17
Coplas. ....	25
Una adquisición.....	29
Al pie de la obra . ....	37
Ecos del gran mundo. ....	43
Monólogo.....	49
El teatro por dentro.....	57
Pólvora en salvas.. . . .	67
La amistad.....	75
Cosas de la vida . . . . .	85
Diálogo triste.....	93
Diálogo triste (conclusión). ....	101
El aniversario.....	109
Entre organilleros... . . . .	117
La despedida.....	129
Cosas de comadres. . . . .	135

	<u>Páginas.</u>
La pérdida de las Tunas. . . . .	143
Un juicio. . . . .	153
Un beneficio . . . . .	163
Impresiones de viaje. . . . .	175
Impresiones de viaje (conclusión). . . . .	185
<i>Meeting</i> de panaderos. . . . .	197
Artistas ilustres. . . . .	207
Cuestión de gustos. . . . .	217
Un guapo. . . . .	225
Un hombre práctico. . . . .	235
Crítica barberil. . . . .	243
Epílogo. . . . .	253

---









# OBRAS DE J. LÓPEZ SILVA

## LIBROS

- Migajas.** Colección de poesías.  
**Los barrios bajos.** (Cuarta edición.) Colección de poesías.  
**Los Madriles.** Colección de diálogos en verso.  
**Chulaperías.** Ídem id. id. ,

## TEATRO

- La calle de Toledo.** Cuadro de costumbres en un acto y en verso.  
**Véase la clase.** Sainete lírico en un acto y en verso, en colaboración con D. R. Monasterio, música del maestro Nieto.  
**Chismes y cuentos.** Pasillo en verso, en colaboración con D. Fernando Manzano.  
**La clase baja.** Revista en un acto y en verso, en colaboración con D. Sinesio Delgado, música del maestro Brull.  
**El cabo Baqueta.** Zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. R. Monasterio, música de los maestros Brull y Mangiagalli (segunda edición).  
**Los descamisados.** Sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Chueca (tercera edición).  
**Los inocentes.** Revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. Sinesio Delgado, música del maestro Estellés.  
**El coche correo.** Sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Chueca.  
**Las bravías.** Sainete en un acto y en verso, en colaboración con D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Chapí (cuarta edición).  
**La revoltosa.** Sainete en un acto y en verso, en colaboración con D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Chapí (sexta edición).

## EN PRENSA

- Migajas.** (Segunda edición, corregida y aumentada.)  
**Los Madriles.** (Segunda edición.)

200-







1053616



04566 120164 7 10

